



Trapo rojo en ventana

Ricardo Contreras Suárez

Escritor e investigador literario.

Detalle *Trapos rojos*, 2020, Ana María Jiménez Vélez.

Lo primero fue el grito.

La boca no pronunció palabra alguna.

Un trapo rojo reemplazó la palabra.

Y el intruso carmesí se extendió por la ciudad,

buitre herido en su sueño gris,

ola roja que cabalga desde las llanuras incendiadas del vientre.

Y se escucharon los megáfonos en cascada,

unos tras otros, se arremolinaban en voces venidas desde otros horizontes.

Y los ecos se hicieron bosque yermo,

fruta seca y sin semilla,

canción de un dios ebrio y despiadado.

Un dios con boca y sin apetito nació muerto.

Su tartamudeo no refrescó la ausencia de la lluvia,

sus ojos fueron un girasol negro bajo la tierra.

Y los hombres de barro intuyeron de qué fango fueron hechos.

Las flores a veces crecen en los pantanos.

Tan solo un croar reverbera entre las piedras,

entre los líquenes de calles olvidadas

y en las ventanas de trapos rojos.

Cualquier cosa es ayuda, dicen las voces que extienden las manos,

manos de líneas que se tocan más allá de sus fronteras

y que me rozan en el aire, en las ruinas de algún imperio antiguo.

El único dios es un pan con aguadepanela, pero es un dios esquivo.

Trapo rojo tras trapo rojo se halla la vida desvelada.

La luna ya no es de queso, es el ojo de un ciclope ciego que sueña con Nadie,

y en las calles resuena un gritomudo que ondea en las ventanas...

...¡Tengo hambre!

...¡Tengo hambre!

...¡Tengo hambre!

La noche se extiende de las alcantarillas a las pestañas.

El silencio se ha hecho cuna y cuchillo. ■